

volucionario maderista, se puso del lado del señor Hidalgo, y hubo necesidad de mandar tropas del ejército regular. A la llegada de éstas, el Gobernador saliente se sometió.

En Chiapas el señor Madero, por complacer a su amigo don Flavio Guillén (4) había hecho que el Gobernador Reynaldo Gordillo León dejara el Gobierno para aceptar el puesto de Ministro de México en Guatemala. El señor Guillén, nombrado para substituir al señor Gordillo León, no tenía las simpatías del Estado y su presencia en el Gobierno, fué un motivo de honda perturbación. Sus enemigos le imputaban haber sido espía al servicio de Guatemala.

El señor Gordillo León, constantemente instado por sus amigos y partidarios, solicitó una licencia y regresó a México, donde terminantemente expuso al señor Madero la situación del Estado, y su firme resolución de renunciar el puesto que tenía en Guatemala volviéndose a encargar del Gobierno del Estado. El señor Madero tuvo al fin que ceder; pero cuando lo hizo, ya la tempestad estaba encima, y era difícil impedir su caída.

El señor Madero creía que su buena fe y su deseo de acertar, eran suficientes para gobernar. Error lamentable y que ha causado la ruina de muchos pueblos. No se crea por esto, que yo disculpo el cuartelazo, jamás. Lo condeno y lo condenaré siempre, porque es la imposición brutal de la fuerza sobre el derecho del pueblo; pero como historiador, no puedo dejar de señalar los errores cometidos.

(4)—Se aseguró también entonces en México, que el nombramiento del señor Guillén se debía a gestiones del Presidente de Guatemala, quien en cambio ofrecía impedir que en la frontera de dicha República se organizara una rebelión contra el Gobierno Mexicano.

## CAPITULO XXXII.

## EL PRIMER CUARTELAZO.—VERACRUZ.

El desprestigio del Gobierno aumentaba en progresión geométrica. La revolución estaba en la atmósfera; los errores del Gobierno eran grandes; pero las ambiciones eran aún mayores. La prensa estaba desbordada, y francamente llamaba a la rebelión: no había nada tangible, pero todo el mundo presentía que de un momento a otro debía estallar. Aún más, se señalaba como caudillo al Brigadier don Félix Díaz, quien había solicitado su baja del Ejército, y repentinamente había salido de la Capital para el Puerto de Veracruz, donde se instaló.

El Gobierno, que no podía ignorar estos hechos, envió al Puerto dos agentes de la policía reservada que lo vigilaran constantemente, y el Ministro, señor Hernández, envió a don Celso Acosta (1) para que fuera a Veracruz e informara sobre lo que hacía y proyectaba don Félix Díaz. Esto era una candidez incomprensible, pues nadie ignoraba que el señor Acosta estaba identificado con don Félix Díaz, era uno de sus más fervientes partidarios, y estaba comprometido en la conspiración, tanto como el ex-brigadier. Así pasaron los días, el Gobierno, creyendo tener vigilado a don Félix Díaz y éste, sa-

(1)—Este señor había sido Secretario de la Inspección General de Policía, cuando don Félix Díaz estuvo al frente de dicha Oficina.

biendo a qué atenerse respecto al Gobierno. Una tarde, como a las cuatro, pasando por las azoteas, salió de la casa de su madre política donde residía, al Teatro "Dehesa" y de allí, en un coche, al Club de Regatas, donde desapareció.

En México se supo la noticia esa misma tarde, y el Gobierno, que se enteró de ella por la voz pública, telegrafió a sus agentes preguntándoles qué había pasado. Estos informaron que don Félix Díaz continuaba en el Puerto, y ellos vigilándolo, pero a la mañana siguiente tuvieron que confesar que no habían podido ver a su vigilado, y que en la casa se aseguraba que estaba enfermo y que por eso no recibía a nadie: todavía aseguraron que estaba en la ciudad.

Don Félix Díaz entre tanto, se había dirigido a Orizaba, donde estaba el Coronel Díaz Ordaz, con parte del 21 Batallón, que era a sus órdenes y había logrado que dicho jefe iniciara el movimiento rebelde, desconociendo al Gobierno del señor Madero y proclamándolo Jefe de la Nación.

Como los conspiradores no tomaban ninguna precaución, al día siguiente el Gobierno sabía donde estaba escondido don Félix Díaz y cuáles eran sus propósitos; (2) pero aún vaciló en ordenar su aprehensión, y todavía el Ministro señor Hernández confió al señor Acosta la misión de averiguar si era cierta la noticia que la policía tenía. Por supuesto, que lo que el señor Acosta hizo, fué avisar al señor Díaz que estaba denunciado su escondite y que debía precipitar los acontecimientos. El señor Díaz Ordaz, en la noche del 15 de Octubre, salió

(2)—Antonio Villavicencio me refirió estos detalles el 14 de Octubre en la ciudad de México.

con su tropa de Orizaba, ordenando se le pusieran trenes especiales para conducirla a Veracruz, a donde llegó en la mañana del día 16.

Estaba de Comandante Militar interino de la Plaza, el Brigadier don José Hernández, jefe de la Prisión de Ulúa, y los rebeldes procuraron desde luego atraérselo, haciéndole ofrecimientos de importancia; pero el señor Hernández se negó a todo y quedó en calidad de prisionero en la misma Comandancia Militar, guardada por los soldados del 21 Batallón. El señor Hernández, para recobrar su libertad, recurrió a la siguiente estratagema; pidió permiso para ir a Ulúa a recoger a su familia, y se le concedió, yendo escoltado, o mejor dicho custodiado, por dos oficiales pertenecientes a las fuerzas sublevadas. Al llegar a la prisión el señor Hernández, donde era conocido como jefe del punto, y todas las fuerzas estaban a su mando, ordenó la detención de sus custodios al entrar en el cuerpo de guardia y no sólo obtuvo así su libertad, sino que sustrajo la fortaleza del dominio de los sublevados. Poco más o menos había hecho lo mismo el Comandante Azueta, jefe del Arsenal, a quien también se invitó, sacándolo en la madrugada de su casa, y quien, enterado de lo que se pretendía, sin expresar claramente su consentimiento, dijo que iba a bordo para impedir que en los buques se cometieran desórdenes. Una vez en el "Morelos", enarboló la insignia del Jefe de la Escuadra; cambió los Comandantes de los barcos, que estaban comprometidos, poniendo en sus lugares a los segundos, mientras los comandantes habían bajado a tierra a pedir órdenes al Brigadier Díaz. Así sustrajo la escuadrilla de manos de la rebelión, pues los comandantes de los barcos estaban comprometidos a secundar el movimiento.

El Coronel Díaz Ordaz, ya entrada la mañana, formó su tropa y al frente de ella recorrió las calles de la ciudad, proclamando la caída del Gobierno de Madero y al Brigadier don Félix Díaz como Jefe interino de la Nación. Desde ese momento, comenzó a tributarle honores de Presidente de la República.

La noticia circuló con la rapidez del rayo en todo el País, y el golpe de audacia ganó simpatías para el jefe de la rebelión, por más que ningún jefe militar secundara el movimiento. El ejército, en su gran mayoría, seguía siendo fiel al Gobierno constituido, a pesar del descontento general por los errores del Gobierno, y de las constantes instancias para corromperlos, que se hacían a todos los jefes y oficiales.

Apoderados los revolucionarios de las comunicaciones telegráficas, sólo por el cable podía saber el Gobierno lo que pasaba en el Puerto de Veracruz y durante varios días, el público no supo realmente cuál era la actitud de la escuadrilla, cosa importante, porque de haber contado con ella los rebeldes, se habrían apoderado de los otros puertos del Golfo y habrían puesto en serias dificultades al Gobierno. Por un lado, se tenía la evidencia de que los Comandantes de los barcos estaban comprometidos con don Félix Díaz, pero por el otro, se sabía a ciencia cierta que el Comodoro Azueta había tomado el mando de los buques y que estaba a bordo del "Morelos," sin bajar a tierra, lo que indicaba su inconformidad con el movimiento revolucionario.

La posesión de Veracruz por los revolucionarios era de gran importancia, porque existían en los almacenes de la Aduana gran cantidad de pertrechos de guerra, estando en posibilidad el jefe revolucionario de armar

ocho mil hombres dotados de artillería y de ametralladoras, efectos que acababan de llegar de Europa.

Además, había grandes recursos en metálico, no sólo por los productos de la Aduana—la primera de la República—sino por las grandes existencias que había en los Bancos, y sobre todo, por la facilidad de hacer que los comerciantes y comisionistas del puerto pagaran sus adeudos a la Aduana, en breve plazo, para lo cual bastaría hacerles algún descuento. Por último, iniciado el procedimiento de los cuartelazos, fácil era que el ejemplo cundiera, si, sobre todo, los que lo habían iniciado, eran recompensados liberalmente; y el caso de Veracruz podía repetirse en cualquier otro punto. El Gobierno lo comprendió así e inmediatamente acudió a sofocar el movimiento, ordenando al General Joaquín Beltrán, que acababa de ser nombrado Comandante Militar de la Plaza, pero que aún no tomaba posesión del cargo, marchara en el acto, con todos los elementos disponibles, a recuperar la ciudad rebelada.

Marcharon inmediatamente las fuerzas que estaban en el Istmo de Tehuantepec, a las órdenes del señor Brigadier Zozaya; las que se encontraban en Xalapa, a las órdenes del Brigadier Celso Vega; y de México, se enviaron los batallones, números 2, 11 y 18 al mando de sus respectivos jefes, Teniente Coronel Ocaranza, Coronel Jiménez Castro y Brigadier Agustín Valdez. También se envió el batallón de voluntarios de Xico, a las órdenes de los Comandantes Limón y Preciado; fuerzas irregulares al mando del Brigadier Rafael Tapia y dos baterías de campaña, al mando de los Capitanes de Artillería Oropeza y Prida. Posteriormente se dió orden al Brigadier Blanquete para que con su batallón, el 29 de infantería, fuera a reforzar la columna que estaba a

las órdenes del General Beltrán; y se movilizaron algunos cuerpos rurales de los que estaban en Tehuacán, Perote y Tierra Blanca, enviándose a los Brigadieres Dávila y Gustavo Maass, para que cooperaran en el ataque a la plaza.

Defendían a Veracruz, el 21 batallón, que había llevado de Orizaba el Coronel Díaz Ordaz, una fracción del 19 que estaba de destacamento en el puerto y la Batería fija de Veracruz con seis cañones nuevos, montados en uno de los fuertes y algunos cañones antiguos de escaso valor táctico. El General Beltrán, al llegar frente a Veracruz, comenzó por circunvalar la Ciudad. Don Félix Díaz creyó que el señor Beltrán, en atención a sus antiguas relaciones de amistad y compañerismo, (3) haría causa común con él y al efecto, le envió emisarios y misivas, invitándolo a entrar en la rebelión. El jefe de los sitiadores, no obstante el tono cariñoso que empleó en las misivas, contestando a don Félix Díaz su invitación, se negó a secundar el movimiento y comenzó a tomar disposiciones tales que no dejaban lugar a duda sobre cuál sería su conducta.

Conforme iban llegando las fuerzas federales a sitiar la plaza, don Félix Díaz enviaba emisarios a los jefes, tratando de sobornarlos: ninguno de ellos aceptó la proposición. Algunos contestaron que si se trataba de un movimiento general de todo el Ejército, cooperarían a él; pero que en ningún caso iniciarían nada. Otros, como el Coronel Jiménez Castro, contestaron que al que volviera con pretensiones semejantes, lo fusilarían incontinenti. También a los subalternos se les hicieron ofrecimientos, pero contestaron que sólo obrarían de

(3)—Los dos pertenecían a la Asociación del Colegio Militar.

conformidad con sus respectivos jefes. En estas comisiones de soborno, intervinieron personas muy conocidas, algunas diciéndose miembros de la Cruz Roja y otros, periodistas, y duraron hasta el momento de darse el asalto a la plaza.

Don Félix Díaz, que estaba obsesionado con la idea de que todo el Ejército secundaría su rebelión, interpretó las contestaciones que se le enviaban por los diversos jefes de las fuerzas sitiadoras, en el sentido de que en el fondo eran respuestas de adhesión y creyó, firmemente, que toda la división reunida en los alrededores de Veracruz, al mando del General Beltrán, iba a hacer causa común con él.

Por otra parte, casi todas las disposiciones fueron descabelladas: Ni lo sucedido con el Comodoro Azueta y el Brigadier Hernández, le hicieron tomar algunas precauciones: todo era desorden y desbarajuste. De la costa de Sotavento avisaron al Brigadier Díaz, que había gran entusiasmo por su causa, y que si enviaba armas y parque, se podían levantar cerca de cuatro mil hombres, que cerrarían el paso a las fuerzas del General Zozaya, que iban a reforzar la columna de ataque. Don Félix Díaz contestó que fueran esos hombres a Veracruz, cosa absurda, porque una columna tan poderosa no podía ponerse en marcha desarmada pues fácilmente podían salirle al encuentro y hacerla pedazos con los quinientos hombres armados que llevaba el General Zozaya. Estas observaciones convencieron al jefe del movimiento y ordenó el envío de las armas en un tren militar a las órdenes del Mayor Zárate y de uno de sus ayudantes. El tren salió para Alvarado, donde comenzaba a reunirse la gente; pero al llegar vieron que sólo iban los oficiales, pues las armas se quedaron en Veracruz.

Esto desalentó por completo a los revolucionarios de Sotavento e hizo que algunos de los comprometidos en el puerto comenzaron a desertar al darse cuenta de la situación, pues comprendieron que con jefes como los que había en Veracruz, el desastre era ineludible.

Don Félix Díaz, para proporcionarse recursos con qué pagar a la tropa sublevada y a la gente que se le había unido, llamó al Administrador de la Aduana, señor Azcárraga, ordenándole entregara al pagador los fondos que tenía en la oficina. El señor Azcárraga pretextó que los fondos estaban en el Banco y tenía que ir a la Aduana para extender el cheque respectivo, que debía también firmar el Contador. En efecto, fué a la Oficina, tomó el libro de cheques y en unión del Contador, se trasladó a bordo del cañonero "Morelos" que enarbolaba la insignia del Comodoro Azueta, burlando descaradamente al Jefe de la Revolución.

En la Jefatura de Hacienda y en la Administración del Timbre, existían fondos del Gobierno: de ellos echó mano el Brigadier Díaz para pagar las fuerzas que estaban a sus órdenes. Hizo más, siguió pagando con esos fondos, las tripulaciones de los barcos de guerra, permitiendo que éstos se avituallaran diariamente en la plaza. No hubo incomunicación por lo tanto, entre la escuadrilla y la Ciudad y esta circunstancia contribuyó a que el público, ni aún en Veracruz, supiera a punto fijo si los buques estaban con los rebeldes o con el Gobierno. Este sí tenía noticias exactas, porque el Comodoro Azueta estaba en comunicación por el cable con el Ministro de la Guerra.

Las fuerzas de tierra tampoco estuvieron incomunicadas con la Ciudad: Los mensajeros de don Félix Díaz tuvieron constantemente acceso al campo federal y co-

mo consecuencia, los espías de éste entraban tranquilamente en la ciudad. Las instancias a los jefes y oficiales federales, como he dicho, se hicieron hasta en los momentos de iniciarse el ataque y don Félix Díaz creyó, hasta que fué aprehendido, que todo el Ejército que lo atacaba, se le uniría, no obstante las reiteradas negativas que a este respecto se le daban.

¿Por qué esas ilusiones? ¿Fueron engaños de los emisarios, que de tal manera se hacían de fondos? ¿O fué ilusión incomprensible por parte del jefe de la rebelión? Imposible aclararlo. El hecho está plenamente comprobado; ni uno solo de los jefes y oficiales aceptó las proposiciones que para defecionar se le hicieron. Ciertamente, que no daban una negativa rotunda, como lo hizo el Coronel Jiménez Castro, cerrando así el camino a toda otra intentona. El síntoma era fatal para el Gobierno; claramente se veía que los jefes que mandaban las fuerzas que lo defendían, lo hacían sin convicción, simplemente por un resto de disciplina, que en cualquier momento podía faltar, sobre todo, si al frente del movimiento se ponía un jefe audaz en quien los jefes tuvieran confianza. El Gobierno, sin embargo, no se fijó en el hecho o no le dió la importancia que tenía.

Reunidas las fuerzas que el Gobierno puso a las órdenes del General Beltrán, se fijó a petición de los Consules extranjeros, una zona neutral, para que los residentes no combatientes, pudieran refugiarse, y dado el aviso, el ataque comenzó a las seis de la mañana del 22 de Octubre.

Las fuerzas que atacaban se dividieron en varias columnas que marcharon en el siguiente orden: la que entró por el Norte de la ciudad a las órdenes del Coronel Jiménez Castro; esta columna entró por la estación ter-

minal, dirigiéndose por las calles de Morelos, Independencia y Cinco de Mayo. Al Oriente, por el Parque Ciriaco Vázquez, entró el General Valdez. Por el Sud-Oeste, el Brigadier Celso Vega, hasta llegar al Hospital Militar, y por el Sur, hacia el Panteón, entró el Brigadier Zozaya. Las fuerzas irregulares al mando de don Rafael Tapia (4) tomaron lugar entre las columnas de los Generales Valdez y Vega. La artillería a las órdenes del Brigadier Maass se situó en los médanos que rodean la ciudad, dominándola.

Los defensores tomaron posiciones en las alturas: en la Estación Terminal, en las azoteas del Palacio Municipal, en la torre de la Iglesia Parroquial, en la Fábrica de Cerillos y en las casas más altas de las calles Independencia y Cinco de Mayo; pero ni se colocaron avanzadas, ni parapetos, ni se puso un sistema de comunicación entre las diversas fracciones defensoras; ni se hizo, nada, en una palabra, que indicara que el jefe de la Plaza era realmente un soldado.

La artillería federal, desde los primeros disparos, dominó a la rebelde, callándola. La casa redonda, (1) que era el punto avanzado en la estación terminal, fué desalojado por los rebeldes al segundo disparo. El error

(4)—Don Rafael Tapia había ejercido su oficio de talabartero en la Ciudad de Orizaba, hasta los comienzos de la revolución maderista en la que tomó participación, declarándose General, grado que le reconoció el Gobierno de Madero. Durante la administración de Huerta, Tapia fué asesinado en Coyoacán, por orden del Ministro Garza Aldape.

(5)—Se conoce con este nombre el edificio que se usa en la estación para guardar las locomotoras.

cometido por los defensores de Veracruz, no tiene nombre, pues encerraron en ese edificio a cincuenta hombres cuya misión nadie se explicó, sobre todo, si se tiene en cuenta que en esos momentos había, frente al edificio, una extensa zanja, como de dos metros de ancho y uno veinte centímetros de profundidad, en la que pudo abrigarse una cadena de tiradores, en caso de ser necesario defender el punto; pero en vez de aprovechar dicha zanja, se les encerró en un edificio que no presentaba facilidades para defenderse. Los asaltantes se dieron cuenta del hecho, y la artillería dirigió un disparo sobre la casa redonda. El oficial que mandaba la fuerza allí encerrada, comprendiendo que la construcción no tardaría en desplomarse, abandonó el edificio y se replegó hacia el centro de la ciudad con sus soldados.

El Coronel Jiménez Castro, que mandaba la columna de ataque por ese lado, vió el movimiento, y atacó rudamente a la fuerza, la puso en desorden y emprendió la persecución.

El Brigadier Díaz había salido en la madrugada a caballo, a recorrer las líneas de defensa, y estaba en la Estación Terminal cuando se inició el ataque, siempre confiando en que se haría un simulacro y los asaltantes se declararían en su favor. En vano los que le acompañaban le hacían ver lo contrario, pues comenzaban a llegar las balas hasta el lugar donde se hallaba. Don Félix Díaz seguía impertérrito en su idea. Como el fuego arreciaba, los ayudantes le hicieron se replegara hasta el Palacio Municipal, y allí, dejando los caballos, subieron a las azoteas. Al ver el Coronel Jiménez Castro, que el grupo se retiraba, lo siguió entrando por las calles del 5 de Mayo e Independencia. Al pasar por el Parque Ciriaco Vázquez, encontró al General Valdés, que había avanzado

sin obstáculo hasta dicho punto; este General, que no había encontrado enemigo, dijo a Jiménez Castro, que creía no era aún tiempo de avanzar, porque no sólo no había encontrado a quien batir, sino que había perdido el contacto con el Cuartel General, y no recibía ningunas órdenes. Jiménez Castro replicó que tan era tiempo, que iba persiguiendo a don Félix Díaz, a quien había visto retirarse de la Terminal, y según creía, buscaba abrigo en los cuarteles de la Merced. Continuó su marcha Jiménez Castro y al llegar a la esquina de las Calles Independencia y Benito Juárez, dividió su fuerza en dos columnas, una que puso a las órdenes del Teniente Coronel Ocaranza, a quien ordenó continuara de frente por Benito Juárez hasta la Jefatura Política que está al costado Norte de aquel edificio; y él, con el resto de las fuerzas, siguió por la calle de Independencia rumbo a los cuarteles de la Merced. Al pasar por el Portal de Diligencias, llamó su atención que las fuerzas que estaban en la Parroquia no le hicieran fuego, ni tampoco las que estaban en el Ayuntamiento; pero sin detenerse a averiguar la causa, a paso veloz, continuó su marcha, hasta llegar a la altura del Café Zamora, donde se encontró con un grupo de paisanos armados que venían en sentido contrario, al mando del Mayor Delgado. Esta fuerza no hizo fuego, sino que al encontrarse los dos jefes sobrevino un altercado violento, que concluyó disparando el Mayor Delgado su pistola sobre Jiménez Castro, al tiempo que daba órdenes a los soldados que estaban en las azoteas, para que hicieran fuego. El Coronel Jiménez Castro cayó herido, disparando al caer su revólver sobre Delgado, a quien mató. Al caer hizo esfuerzos para incorporarse, pero el caballo, también herido, le oprimía la pierna de tal manera que no le dejaba movimiento: su fiel corneta co-

rrió en su socorro, levantó el caballo moribundo, y al quedar libre el Coronel, murió el corneta, de una de las descargas que de las azoteas hacían en esos momentos. Su cuerpo había cubierto al de su jefe, quien arrastrándose, pudo al fin llegar al Café Zamora, librándose de una muerte segura. Los anteojos de campaña que llevaba al cuello y el reloj, habían desviado dos balas que le alcanzaron en la refriega. Los soldados del 11 Batallón, al ver caer a su Coronel, avanzaron resueltos sobre la casa de donde salían los disparos y pronto desalojaron al enemigo. Este fué, realmente, el único encuentro sangriento que hubo en el asalto y ello explica el escaso número de bajas.

Entre tanto, el Teniente Coronel Ocaranza, llegaba al frente de la Jefatura Política, y subió a la parte alta del edificio, donde se le advirtió que estaba el Jefe de la rebelión; en la escalera se encontró con don Félix Díaz quien, acompañado de varios paisanos y de dos ayudantes, descendía de la azotea.—Es usted mi prisionero,—dijo el jefe federal.

—¿Cómo, replicó el señor Díaz, no se ha pasado usted a mi causa?

En este diálogo se encontraban cuando el General Valdez, que al ver el movimiento del Coronel Jiménez Castro había avanzado con sus tropas, llegaba y pedía sus armas al Brigadier Díaz.

Don Félix Díaz, se quitó entonces el capote de hule en que iba envuelto y entregó al General Valdez, un mausser que llevaba terciado y una pistola que portaba en la cintura: ninguna de las dos armas había sido disparada. Los acompañantes del Jefe de la revolución, también entregaron sus armas, constituyéndose prisione-

ros del General Valdez y la plaza quedó en poder del Gobierno. (1)

¿Por qué el error de don Félix Díaz en esos momentos? La explicación es la siguiente: Se habían estado haciendo gestiones para que se unieran a la revuelta, no sólo cerca de los jefes, sino también de los oficiales sitiadores. Al entrar una de las columnas por la calle de Miguel Lerdo fué invitado el oficial de un batallón de irregulares de los que mandaba Tapia, ya en los momentos del asalto, a pasarse al campo rebelde; el oficial vaciló; entonces se le acercaron mujeres del pueblo que lo rodearon y le instaron vivamente a que lo hiciera, comenzando a repartir entre los soldados toallas y pañuelos y a gritar vivas a don Félix Díaz. El oficial, sin saber lo que hacía o tal vez creyendo que todas las columnas se habían cambiado, pues no oía tiroteo, no rechazó a las mujeres, ni se opuso a los gritos de algunos hombres del pueblo que se mezclaron con sus soldados y vitoreaban al caudillo rebelde; pero continuó su marcha de frente, como se le había ordenado, en medio de los vítores de los vecinos, muchos de los cuales comenzaron a asomarse a los balcones, creyendo que toda la fuerza se pasaba en favor de don Félix Díaz. Este, desde la azotea del Palacio Municipal, pudo ver que la columna que avanzaba directamente hacia el Palacio llevaba algo que él juzgó eran banderas blancas, y como tenía la obsesión de que las fuerzas que lo asaltaban acabarían por pasársele, mandó tocar "cese el fuego;" bajaba a recibir la ovación de los soldados federales que él creía lo aclamarían en cuanto lo vieran, cuando fué aprehendido.

(6)—Todos estos detalles me fueron referidos por don Enrique Tejedor Pedrozo, que acompañó en esos días a D. Félix Díaz constantemente.

Acababan de entrar en la Plaza de Armas los irregulares de Tapia a que me he referido más arriba, cuando pasó el Coronel Jiménez Castro rumbo a los cuarteles. Al llegar el Teniente Coronel Ocaranza, con su fuerza, frente a la Jefatura Política, reunida ya con el Batallón de Xico, que había entrado por Morelos, límite de la zona neutral, encontró a los irregulares, cuya actitud dudosa le llamó la atención; pero les hizo un enérgico llamado al orden, y aquella fuerza, que en realidad no tenía partido en la lucha; que iba a donde sus oficiales la llevaban; y sobre todo, que vió a su retaguardia al General Valdez, que en esos momentos desembocaba con su batallón en la Plaza de Armas, contestó con vivas al Gobierno, del que inconscientemente parecía se habían apartado, por la torpeza del oficial que los mandaba.

Este incidente dió margen a que se creyera que las tropas del General Beltrán, había usado de una estrategia innoble para apoderarse de la plaza; pero lo cierto es que ninguno de los jefes autorizó tal cosa, ni realmente se prevalieron de ella para obtener el triunfo. Los habitantes de Veraacruz unánimemente están conformes en que las tropas federales que tomaron participación en el asalto, se batieron en debida forma.

Don Félix Díaz, quizá en el último momento, dado el incidente que dejo referido en los párrafos anteriores, tuvo motivos para incurrir en error. Las contestaciones de los jefes y oficiales, aunque negativas, indicaban cierto disgusto contra el Gobierno, y por lo tanto, la posibilidad de llegar a un acuerdo.

Si el General Beltrán escucha las proposiciones y consulta con sus subordinados, tal vez no habría encontrado gran oposición para unirse al Brigadier Díaz, pues buena parte de los jefes tenían simpatías por el jefe

de la rebelión. Si a dichos jefes se les hace un llamamiento serio por un hombre de prestigio, el Gobierno habría caído ese mismo día; pero el General Beltrán, en honor de la verdad, nunca accedió a lo que se le proponía; ni siquiera vaciló, o si lo hizo, a nadie dió a conocer tal vacilación. Su carácter, quijotesco y amanerado, le hizo contestar las proposiciones del jefe rebelde, en tono tan cortés que podía creerse posible un acuerdo, no obstante que sus palabras lo negaban terminantemente. Ni sus palabras, ni sus actos, ante un criterio sereno, pueden interpretarse en sentido desfavorable para él.

Rendido don Félix Díaz, las fuerzas que estaban en la Parroquia, en los Cuarteles y en la Fábrica de Cerillos, conforme les fué llegando la noticia, comenzaron a desbandarse; y los jefes y oficiales a esconderse para escapar de la muerte, que creían segura, dadas las prescripciones de la Ordenanza.

Una vez posesionado el Brigadier Valdez del jefe rebelde y de la Plaza, mandó aviso al Cuartel General, que hizo su entrada en Veracruz a las cinco de la tarde. Inmediatamente se comunicó la noticia a México, y de la Capital fué enviado en tren especial, el Capitán Gustavo Garmendia, ayudante del Presidente de la República, y yerno del General Beltrán, con instrucciones expresas para que se formara un Consejo de Guerra extraordinario y fueran inmediatamente ejecutados los jefes de la rebelión. Al día siguiente, 23 de Octubre, se libraron las órdenes correspondientes, y el 24 se reunió el Consejo de Guerra extraordinario presidido por el Brigadier Rafael Dávila, e integrado por los Brigadieres Maass y Vega y los Coroneles Zaldo y Figueroa. El Consejo deliberó hasta el día 25, en que dictó sentencia condenando a muerte a don Félix Díaz, al Coronel Migoni, al Mayor

Fernando Zárate y al Teniente Salustio Lima. Los Capitanes Manuel Mallén, Hermilo Martínez y el Teniente Oscar Camacho, fueron sentenciados a diez años; el Teniente Mayor de la Armada, Vicente Solache, y el paisano Tejedor Pedroso, absueltos.

Los amigos de don Félix Díaz habían buscado con todo empeño al Juez de Distrito para pedir amparo y suspender el Consejo de Guerra ex-traordinario que se reunía con notoria infracción de la ley militar; pero les fué imposible saber dónde estaba, y como el tiempo apremiaba, ocurrieron al Juez de Distrito de la Ciudad de México. Este funcionario, contra ley expresa, dió entrada al juicio y pidió, por telégrafo el informe correspondiente al Consejo de Guerra; pero el Presidente del Tribunal había ordenado que nadie les interrumpiera en sus labores, así fué que el mensaje no lo recibió el Brigadier Dávila, sino cuando ya estaba dictada la sentencia y disuelto el Tribunal.

De los jefes iniciadores de la revuelta, había logrado escaparse el Coronel Díaz Ordaz, el más comprometido de todos, quien protegido por unos comerciantes españoles, estuvo oculto unos días en Veracruz, y cuando se relajó un poco la vigilancia, salió de la ciudad disfrazado de lechero, en compañía de un joven español, que aceptó la arriesgada comisión de conducirlo rumbo a Tuxtepec. Desgraciadamente para ellos, al salir de la ciudad, y en el último changarro se detuvieron los fugitivos para tomar una copa y el Coronel fué reconocido por un policía, de servicio en las afueras de la población, quien dió inmediato aviso a su superior y salieron en persecución del fugitivo un oficial de la policía y un agente. El señor Díaz Ordaz se había vuelto a detener en Boca del Río, población cercana a Veracruz, para tomar otras

copas, y en ello estaba cuando fué aprehendido, junto con su acompañante, no haciendo resistencia. Llevado a Veracruz, quedó sujeto a los tribunales militares que debían juzgarlo en Consejo de Guerra Ordinario.

Sólo el Capitán Ordorica, al frente de cien soldados de su compañía, logró salir de la ciudad, internándose en los montes próximos, hasta tomar la Sierra Negra, que corre de Zongolica a Misantla y divide la parte central del Estado de Veracruz, de la Costa de Barlovento. De allí siguió hasta internarse en la huasteca veracruzana, continuando en rebeldía hasta el triunfo del cuartelazo de la Ciudadela. A batirlo salió a los pocos días el Teniente Coronel Ocaranza, ascendido a Coronel con el mando del 11o. Batallón, que hasta esos momentos había tenido el Coronel Jiménez Castro, quien en estado de gravedad, fué trasladado a la ciudad de México e internado, primero, en el Hospital Militar y después en el Sanatorio del Doctor Aureliano Urrutia.

Durante el sitio de Veracruz, ocurrió un incidente que debo mencionar. La guardia de la prisión la daban soldados del 21 Batallón y aún cuando el jefe de Ulúa no tenía confianza en aquella tropa, no podía relevarla, porque no tenía otra, así es que tomó algunas precauciones, pero le fué imposible evitar que el retén que se sitúa diariamente en el rompe-olas del Norte, y que comunica la Ciudad con el Islote, se pronunciara a los dos días, pretendiendo sublevar a toda la prisión. El Capitán Avalos, que mandaba todo el destacamento, había sido el iniciador de la rebelión, siendo secundado eficazmente por el Teniente Salustio Lima, que mandaba el retén del rompe-olas, y la primera guardia, ya en el Islote. A los gritos subversivos, el jefe de la fortaleza, Brigadier Hernández, acudió personalmente e impidió la fuga del presi-

dio, imponiendo su autoridad en toda la prisión; pero no pudo evitar la desertión del Teniente Lima con los soldados que estaban a sus órdenes; a quienes hizo fuego desde el "Morelos," el Comodoro Azueta, aunque sin éxito palpable. El Teniente Lima recorrió todo el rompe-olas, cargando a su esposa y contestando los disparos que se le hacían, hasta llegar a la ciudad, donde fué objeto de una ovación, por el valor y serenidad que había desplegado. El Capitán Avalos desapareció, sin que nadie supiera cuando, ni de qué manera.

Sentenciado el Brigadier Díaz y sus compañeros, fueron internados en la Prisión de Ulúa, donde se les trató muy bien y tenían acceso diariamente, sus familias, sus amigos y sus defensores. El Comandante Militar, General Beltrán, llevó su cortesía hasta poner una lancha exclusivamente para el servicio de la esposa del Brigadier Díaz, quien así podía visitarlo a la hora que mejor le parecía.

Poco tiempo después el Gobierno removió al General Beltrán, quedando al frente de la Comandancia Militar del Puerto el General José Refugio Velasco.

